

De pronto, en el momento en que la multitud abría paso á Napoleón, un joven, en lugar de apartarse como los demás, se adelantó.

Rapp vió brillar como un relámpago, extendió el brazo y agarró por la muñeca una mano armada con un cuchillo. —¡Staps!—exclamó el conde de Bubna.—¡Oh! ¡Señor, señor...!

—¿Qué hay?—preguntó el emperador, sonriendo.

—Ese joven quería asesinaros. ¿No lo habéis visto?

—Yo jamás veo esas cosas. O soy necesario á Francia, y en este caso estoy acorazado por mi misión, ó le soy inútil, y en este caso ¡que Dios disponga de mí!

Luego, sin preocuparse más del asesino, que Rapp entregaba á los gendarmes, penetró en el cuadrado, tan tranquilo como el día que, en Abensberg una bala agujereaba su sombrero, como el día que en Ratisbona una bala le hirió el pie.

Pero, en voz baja, dijo á Berthier:

—El señor Bubna conoce á ese joven.

—¿Cómo lo sabéis, señor?

—Al verle ha pronunciado su nombre.

—Y ¿cómo se llama ese joven?

—Staps.

X

El vidente

Dos horas después de la revista y de la marcha del conde de Bubna, Napoleón se hallaba en el mismo pabellón donde le hemos visto por la mañana.

Esta vez no estaba solo; paseábase al lado de un hombre de unos cincuenta años, de mirada rápida é inteligente, completamente vestido de negro, con el que conversaba familiarmente.

Aquel hombre era Corvisart, su médico. —¡No sabéis cuánto me he asustado al recibir vuestro aviso!—decía el ilustre doctor.—Corría el rumor de un atentado contra vuestra persona, y he temido que estuvierais herido.

—Gracias por vuestra solicitud en acudir, mi querido doctor; nada ha ocurrido, como veis, y si os he enviado á buscar, no es por mí.

—¿Pues por quién?

—Por mi asesino.

—¿Acaso ha recibido alguna lesión al ser detenido, ó ha intentado suicidarse?

—En cuanto á lesiones, tengo la certidumbre de que se ha procurado, por el contrario, que no recibiera ni un rasguño, y tampoco he oído decir que haya atentado contra sí mismo.

—Entonces ¿por qué me habéis llamado?

—Porque el señor de Bubna, que por casualidad viajó ayer con ese joven, á quien hasta prestó un caballo para hacer la última etapa, me ha contado ciertas cosas que me han interesado por él.

—¿Por vuestro asesino?

—¿Por qué no? Yo aprecio la persistencia, mi querido Corvisart, y tengo motivos para creer que es una virtud de que está dotado el señor Federico Staps. Yo quisiera averiguar si esa persistencia constituye en él una virtud ó una monomanía; si es un patriota ó un loco. ¿Os encargáis de descifrarlo?

—Lo probaré, señor.

—Mézclase en el asunto una cuestión de faldas muy interesante, según he podido comprender, pero que no nos importa.

—En suma,—dijo Corvisart,—¿V. M. busca un pretexto para salvarle?

—Tal vez.

—Pues bien; veamos, señor: hacedle venir y le examinaremos.

Napoleón llamó á Rapp y le preguntó si sus órdenes se habían ejecutado. —Sí, señor,—respondió el general.

—Entonces, haced entrar al preso.

Rapp salió; un instante después, apareció el joven entre dos gendarmes, con las muñecas sujetas por esposas.

Rapp seguía detrás. —Desatad las manos de este muchacho,—dijo Napoleón.

Luego, volviéndose á Rapp:

—Dejadle solo conmigo y Corvisart.

El general vaciló; Napoleón frunció las cejas como Júpiter Olímpico.

Rapp hizo salir á los dos gendarmes, echó una postrera mirada á los tres personajes que dejaba reunidos y salió, prometiéndose permanecer con la mano en la empuñadura de su sable y el oído pegado á la puerta.

El emperador estaba sentado á la extremidad de una mesa ovalada; Corvisart se mantenía en pie á su lado.

—¿Habláis francés?—preguntó el emperador á Staps.

—Un poco,—dijo éste

—¿Queréis contestar por medio de intérprete, ó probar de responder directamente?

—Prefiero responder directamente.

—Vuestro nombre ¿es verdaderamente Federico Staps?

—Sí.

—¿De dónde sois?

—De Erfurth.

—¿Desde cuándo os halláis en Viena?

—Desde ayer.

—¿Con qué objeto habéis venido?

—Con objeto de pedir la paz y probaros que era necesaria.

—¿Creéis que yo hubiera escuchado á un hombre sin venir encargado de una misión?

—¡Mi misión es mucho más santa que la del señor de Bubna!

—El señor de Bubna se me ha presentado de parte del emperador.

—¡Yo vengo de parte de Dios!

Napoleón miró á Corvisart interrogándole con la mirada; éste hizo un signo que quería decir: «Continuad.»

—Y si yo no os hubiera escuchado, ¿qué intención teníais?—preguntó el emperador, volviéndose á Staps.

—Mataros.

—¿Qué mal os he hecho?

—Oprimís á mi país.

—Vuestro país se ha sublevado contra mí y le he vencido; ¡son azares de la guerra! Alejandro venció y oprimió á los persas, César venció y oprimió á los galos, Carlomagno venció y oprimió á los sajones.

—¡Si hubiese sido persa, yo hubiera asesinado á Alejandro! ¡si galo, á César! ¡si sajón, á Carlomagno!

—¿Os ha determinado el fanatismo religioso?

—No; es el patriotismo nacional.

—¿Tenéis cómplices?

—Mi mismo padre ignora mi proyecto.

—¿Me habíais visto ya?

—Tres veces antes que ésta, que es la cuarta: la primera en Abensberg, la segunda en Ratisbona, la tercera en el patio del palacio de Schœnbrün.

—¿Sois francmasón?

—No.

—¿Iluminado?

—No.

—¿Perteneceís á alguna sociedad secreta de Alemania?

—Ya os he dicho que no tenía cómplices.

—¿Conocéis al comandante Schill?

—No.

—¿Conocéis á Bruto?

—¿Cuál? Hay dos.

—Sí,—dijo Napoleón con expresiva sonrisa,—hay el que mató á su padre, y el que mató á sus hijos... ¿Habéis tenido conocimiento de las conspiraciones de Moreau y de Pichegru?

—Sólo sé lo que han relatado los diarios.

—¿Qué opináis de aquellos hombres?

—Que sólo trabajaban para ellos, y temían la muerte.

—Se os ha encontrado encima un retrato de mujer.

—Yo rogué que me lo dejaran, y accedieron á mi ruego.

—¿Quién es esa mujer?

—¿A quién importa eso?

—Deseo saber quién es.

—Es una muchacha con quien debía casarme.

—¡Amáis! ¡Tenéis padre, novia, y os habéis hecho asesino!

—He cedido á una voz que me decía: «¡Mata!»

—Y si hubieseis logrado matar, ¿pensabais escaparos?

—Nunca tuve tal intención.

—¿De qué proviene ese odio que tenéis á la vida?

—De que la fatalidad me ha hecho la vida imposible.

—Si yo os perdonase, ¿qué uso haríais de vuestra libertad?

—Convencido como estoy de que deseáis la pérdida de Alemania, esperaríais otra ocasión, escogeríais mejor el tiempo, ¡y tal vez lograríais mi objeto!

El emperador levantó los hombros. —A vos, Corvisart,—dijo,—os incumbe el resto; examinadle y decidme lo que pensáis de él.

Corvisart pulsó al joven, apoyó el oído á su pecho y hundió la mirada en sus ojos. —Es un fanático de la familia de los Casio y los Jaime Clément,—dijo.

—¿Nada de locura?—preguntó Napoleón.

—Nada.

—¿Ni fiebre?

—Cuatro pulsaciones más que el pulso normal.

—Entonces ¿está tranquilo?

—Perfectamente tranquilo...

El emperador se encaminó directamente hacia el joven, y, clavando en él su profunda mirada:

—Veamos,—le dijo,—¿quieres vivir?

—¿Para qué?

—Para ser dichoso.

—Yo ya no puedo serlo.

—Prométeme volverte al lado de tu padre, de tu novia, de permanecer tranquilo é inofensivo, y te concedo la gracia.

El joven miró á Napoleón con semblante sorprendido.

Luego, después de una pausa:

—Os haría una promesa vana,—dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no la cumpliría.

—¿Sabes que vas á ser juzgado por un consejo de guerra, y que, por consiguiente, dentro de tres días todo estará terminado?

—Estoy dispuesto á morir.

—Oye: yo parto mañana: vas á ser juzgado y fusilado en ausencia mía...

—¿Seré fusilado?—preguntó Staps con cierta alegría.

—Sí... á menos que empeñes tu palabra, según te he dicho.

—Es un compromiso contraído con Dios,—dijo el joven, meneando la cabeza.

—Tal vez al dejar la vida, la deseas.

—No lo creo.

—Sin embargo, es posible.

—Sin duda; el hombre es débil.

—Pues bien: si te acosara, no la debilidad, sino el arrepentimiento...

—¿Qué debo hacer?

—Deberás hacer la promesa que te pido.

—¿A quién?

—A Dios.

—Y después...

—Y después enseñarás este papel al presidente del tribunal militar.

Y Napoleón, después de escribir algunas palabras en

un papel, lo dobló y lo entregó á Staps; éste lo tomó, sin leerlo siquiera, y lo puso en el bolsillo de su chaleco.

—Por última vez, Corvisart,—preguntó Napoleón,—¿estáis seguro de que este hombre no está loco?

—No lo está, señor.

—¿Rapp?

Rapp se presentó. —Volved al acusado al calabozo,—dijo el emperador;—que se reuna un juzgado militar, para que conozca de su crimen.

Y volviéndose á Corvisart: —Doctor,—prosiguió, como si su pensamiento no conservara algún recuerdo de lo que acababa de pasar,—decidme una cosa.

—¿Cuál, señor?

—Un hombre de cuarenta años ¿puede tener hijos?

—¿Por qué no?—respondió Corvisart.

—¿Y un hombre de cincuenta años?

—También.

—¿Y un hombre de sesenta?

—Alguna vez.

—¿Y un hombre de setenta?

—Siempre.

El emperador se sonrió. —¡Necesito un hijo! ¡Necesito un hijo!—dijo Napoleón.—Si este loco me hubiese matado, ¿en quién recaía el trono de Francia?

Luego, dejando caer la cabeza sobre el pecho:

—Hay una cosa que me espanta,—murmuró;—y es que ya no se odia y persigue á la revolución francesa, sino á mí, como autor del mal universal, como agente de esta turbación incesante que conmueve al mundo; y, sin embargo, ¡Dios es testigo de que no soy yo quien desea la guerra! ¿Qué tienen más que yo todos esos reyes que encuentran fanáticos para adorarlos y asesinos para defenderlos?... ¿Qué tienen de más?—añadió.—Que han nacido en el trono... ¡Ah! ¡Si yo fuese solamente mi nieto!

Y, volviendo á caer en el sillón, permaneció algunos minutos pensativo, con la frente apoyada en la mano.

¿Qué ocurrió durante aquellos pocos minutos en aquel profundo cerebro, y qué oleada de ideas asaltó aquel espíritu inquebrantable como una roca?

Es un secreto que sólo guardaron él y Dios.

Al fin, acercó lentamente una hoja de papel, tomó una pluma, la mojó en tinta, la volvió y revolvió varias veces entre sus dedos, y escribió:

«AL MINISTRO DE POLICÍA

»Schænbrün, 12 de octubre de 1809.

»Un joven de diez y siete años (1), hijo de un ministro luterano de Erfurth, ha intentado, en la parada de hoy, acercarse á mí; ha sido detenido por los oficiales, y, observando cierta turbación en el muchacho, se han concebido sospechas: se le registró, encontrándosele un puñal.

»Le he hecho comparecer, y el pequeño miserable, que me ha parecido bastante instruído, me ha dicho que quería asesinarme para librar al Austria de la presencia de los franceses. No he descubierto en él ni fanatismo religioso, ni fanatismo político; me ha parecido que no sabía bien quién fué Bruto. Su fiebre de exaltación ha impedido saber más. Se le interrogará cuando esté más tranquilo y en ayunas. Será posible que la cosa no sea nada.

»He querido informaros de este acontecimiento para que no se abulte más de lo que parece. Espero que no tendrá eco; si lo tuviera, sería necesario hacer pasar á ese individuo por loco. Guardad la noticia secreta para vos; el hecho no ha producido en la parada ningún escándalo; ni yo mismo me he apercibido.

»NAPOLEÓN.

»P. S.—Os vuelvo á repetir, y comprenderéis perfectamente, que no hay que mentar para nada este hecho.»

Luego, tocando el timbre:

—Llamad á Rapp,—dijo al ujier.

—El general está allí.

—¡Pues que entre!

Rapp entró. —Rapp,—dijo Napoleón,—haced marchar un correo seguro, y que entregue esta carta al señor Fouché.

Rapp, con prontitud militar y obediencia pasiva, tomó la carta y se volvió sobre los talones.

—¡A él solo, á él en persona!—gritó el emperador.

(1) La carta existe autógrafa. ¿Fué con intención, y para hacer creer, no en la acción de un hombre, sino en la de un niño, que Napoleón quitó tres años á su asesino?

XI

La ejecución

Al día siguiente del en que, según el programa que había anunciado al señor de Bubna, Napoleón se había marchado de Viena, se extendió el rumor, hacia la tarde, de que el consejo de guerra, convocado por orden del general Berthier, acababa de condenar á Federico Staps á la pena de muerte.

El acusado lo confesó todo, sin tratar de rechazar la acusación, y, después de oír su sentencia, no pidió gracia ni apelación.

Sólo, vuelto al calabozo, pidió que rogaran al teniente relator, que era un joven oficial de cazadores, llamado Pablo Richard, que fuese á verle al día siguiente, pocos momentos antes de la ejecución.

Después oró, pidió que le despertaran temprano, y dió al carcelero, en recompensa de sus cuidados, cuatro federicos de oro que llevaba consigo y que componían toda su fortuna. Hecho lo cual, se acostó, sacó un medallón de su pecho, besándolo repetidamente con ternura, y se quedó dormido, por fin, con el medallón apoyado contra su corazón.

A las seis de la madrugada, el carcelero entró en su cuarto, despertándole.

Entonces Staps abrió los ojos sonriendo, dió las gracias al que, por tan breve tiempo, le devolvía al sentimiento de su existencia, hizo su tocado con una especie de meticulosidad, peinó sus cabellos con particular coquetería, y cuando le preguntaron qué deseaba para almorzar, respondió: —Creo que me bastará una taza de leche.

Acababa de vaciar la taza, cuando el joven oficial de quien la víspera había solicitado una entrevista *in extremis*, apareció en el umbral de la puerta.

Era evidente que el joven teniente de cazadores, aun cuando no dejaba asomar la menor turbación, hubiera preferido que la elección del condenado recayera sobre otro.

—Os agradezco, señor teniente,—dijo Staps,—que hayáis aceptado mi invitación. He de pedir os un servicio.

—Y aquí estoy dispuesto á cumplirlo, caballero,—respondió el oficial.